

Boletín de la Biblioteca Nacional

Año III — Santiago de Chile, Septiembre de 1932 — N.º 15

DIRECTOR:

GUILLERMO FELIU CRUZ

SUMARIO:

- I. Las obras nuevas.
- II. Las nuevas publicaciones periódicas nacionales.
- III. Estadísticas del servicio:
 - a) Movimiento habido en las diferentes secciones de la Biblioteca durante el mes de Agosto.
 - b) Número de obras consultadas en las diferentes secciones de la Biblioteca durante el mes de Agosto.
 - c) Clasificación por materias de las obras leídas en la Biblioteca durante el mes de Agosto.
 - d) Número de obras ingresadas a la Biblioteca durante el mes de Agosto.
- IV. El 119 aniversario de la fundación de la Biblioteca Nacional. Discursos pronunciados en la sesión pública para conmemorar este acontecimiento por el Director de ella don Alejandro Vicuña Perez, por el ex-Director don Carlos Silva Cruz y el Secretario del establecimiento don Ernesto Galliano Mendibure.

IV

NUMERO DE OBRAS INGRESADAS A LA BIBLIOTECA NACIONAL DURANTE EL MES DE AGOSTO

SECCIONES	Núm. de obras ingresadas
1).—I Sección Chilena. (Libros y folletos)
a) Depósito legal	278
b) Donaciones	33
II. Sección Chilena (Publicaciones diarias y periódicas).....	32
2).—Sección Americana.....	90
3).—Sección Fondo General.....	145
4).—Sección Lectura a Domicilio.....	29
5).—Salón Central de Lectura.....
6).—Bibliotecas José Toribio Medina y Diego Barros Arana.....	115
7).—Sección Infantil.....	99
8).—Sala Italia.....
TOTAL.....	821
Obras ingresadas hasta el mes de Julio.....	3.613
TOTAL GENERAL.....	4.434

El 119 aniversario de la fundación de la Biblioteca Nacional

DOS PALABRAS

Bienvenidos seáis a esta casa, señor Ministro de Educación Pública, señores representantes de naciones amigas, señoras y señores, que habéis tenido la gentileza de acudir a la invitación de esta Biblioteca Nacional, para celebrar el 119 aniversario de su existencia.

Ella no podía prescindir en esta reunión del Jefe Jerárquico de la Educación Nacional; de vosotros, Exmos. representantes de los países extranjeros, cuyo interés y afecto por todo lo que se refiere a Chile, y de un modo especial a su desarrollo cultural, son de sobra conocidos y apreciados en nuestras esferas gubernativas y sociales.

Tampoco habría sido completa nuestra sa-

tisfacción sin la presencia de los directores de establecimientos educacionales, que realizan una labor afín a la nuestra, y con quienes deseamos estrechar relaciones para mayor provecho cultural de los educandos y desarrollo de los servicios de esta Biblioteca.

¿Y sería en realidad una reunión de familia la presente, si a ella no hubieran acudido los que vienen día a día a esta casa, en busca de luz orientadora para el pensamiento o las diversas actividades de la vida?

Ellos saben perfectamente que bajo este techo hospitalario, en compañía de esos maestros y amigos que son los libros, han encontrado soluciones para muchos problemas, bálsamo para hondas inquietudes, acicate para nobles iniciativas, consuelo talvez en angustiosas situaciones, y en todo caso, cumplida satisfacción de las necesidades

espirituales que experimenta todo hombre en el curso de su existencia.

Para todos sabe esta Casa mostrarse acogedora.

La incipiente curiosidad del niño aquí se satisface con libros apropiados a su edad y una discreta orientación que saben impartir personas dotadas de talento y corazón.

El joven universitario encuentra en esta casa ayuda eficaz para sus tareas, abriendo su espíritu a más amplios horizontes de los que presentan los textos de estudios o las exigencias reglamentarias para adquirir un título profesional. El investigador paciente o el inquieto pensador saben descubrir entre los pergaminos o en las páginas vírgenes del libro recién llegado el dato revelador o la solución afanosamente perseguida en prolongadas vigilias de meditación o de estudio.

El artista, el soñador apagan su sed de belleza en las creaciones que el genio humano supo forjar y aprisionar en páginas inmortales. En una palabra, quien vive la vida del espíritu y experimenta las necesidades espirituales satisface aquí cumplidamente tan nobles exigencias y aspiraciones del alma.

¡Benditas mil veces las iniciativas públicas o particulares, que han sembrado en el mundo estas instituciones de beneficencia espiritual que se llaman bibliotecas; generosos asilos que guardan y saben repartir el alimento que conserva y fortalece la vida cultural de los pueblos!

No obstante, señores, es penoso observar que los saludables beneficios de instituciones como esta, cuyo 119 aniversario celebramos hoy, no alcanzan a influir eficazmente sobre la generación actual. Aguijoneada por el ansia de bienestar material, oprimida por inexorable estructura económica, que abre ante los ojos desparavidos de las multitudes un signo de interrogación para el día de mañana, la generación de hoy vuelve las espaldas a las nobilísimas funciones del espíritu, para entregarse con todas sus energías a la azarosa lucha por la existencia material.

Y todo se olvida para lograr un puesto en el festín de Creso; todo se sacrifica ante el único dios, siempre acatado y venerado por los hombres en la serie de siglos: el becerro de oro.

Mientras tanto, estos asilos de la ciencia y experiencia humanas siguen invitando a las multitudes y conductores de pueblos a penetrar de nuevo al santuario, con la promesa de que hallarán en su seno las soluciones más acertadas de los problemas sociales y políticos que nos atormentan.

Solo la ciencia es capaz de marcar el rumbo de las sociedades hacia sus destinos superiores.

¡Cuantos fracasos se evitarían si se consultase más a los libros y menos a las pasiones e intereses del momento! ¡Cómo se allanarían los obstáculos, si la caravana de los pueblos fuese conducida por los hombres de preparación intelectual y de talento!

“En este siglo, dice Marañón, mecanicista y tecnicista, se ha cotizado en bajo el valor puro de la inteligencia, al menos como elemento político; y se han exhibido varios ejemplos de cómo la eficacia social dependía talvez y sobre todo en determinados momentos históricos de cualidades más próximas a los instintos, como la voluntad, la audacia, la energía, el golpe de vista, el garbo (que tantas veces encubre la desverguenza), la misma fuerza bruta. Y hay, en efecto, fases de la vida de los pueblos en que estos factores de categoría humana secundaria pueden adquirir, momentáneamente, el valor de elementos de primera necesidad. Mas, a la larga o a la corta, llega un instante inevitable en que gobernar es meditar, pesar el pro y el contra de las cosas, y resolverlas conforme a la razón; y entonces se comprende que eso de ser inteligente y de tener el hábito del pensamiento no es cuestión de forma sino algo tan esencial, que cuando falta, no se puede, ni más ni menos, seguir adelante”. (1).

Esta afirmación del pensador español adquiere caracteres de evidencia inmediata si se considera el factor base del problema social y político: el hombre.

Quien quiere gobernar hombres debe conocer previamente la naturaleza humana, y solo la filosofía, las ciencias biológicas, la moral y la historia son capaces de explicar lo que es el hombre y sus destinos sobre el planeta.

Esas ciencias enseñan a los conductores de pueblos que, siendo el hombre un ser racional y dotado de libertad, mal puede ser gobernado duraderamente por medios que repugnen a esa misma razón y libertad; que, teniendo necesidades fisiológicas imprescindibles, es preciso otorgar a todos ellos facilidades para satisfacerlas, mediante una equitativa repartición de los bienes materiales; que, siendo todos plasmados del mismo barro, redimidos por la misma sangre y llamados a un destino común, no debe establecerse entre ellos odiosas diferencias o castas, que abran a unos pocos el camino de la abundancia y fe-

(1) Prólogo al libro de Marcelino Domingo, “¿A dónde vá España?”.

licidad terrenas, y condenen a los más a la desesperación y la miseria.

Esas mismas ciencias advierten a las multitudes, preocupadas de alcanzar el bienestar integral mediante el goce de los bienes materiales, que la felicidad del hombre sobre la tierra no es producto exclusivo de las riquezas, sino la resultante de complejos factores físicos, intelectuales y morales. La vida sencilla, la bondad del corazón, la serenidad de espíritu, la perfección del alma, factores decisivos de la felicidad sobre la tierra, no se adquieren con dinero, no son avaluables en moneda corriente, no están sujetas a contribuciones, bajas del cambio o especulaciones fraudulentas, y están al alcance de todos los que quieran apropiárselas.

Francisco de Asís, después de abandonar todos sus bienes, es más feliz que Salomón en medio de sus tesoros y placeres; y para no acudir a ejemplos en que esperanzas ultraterrenas hacen olvidar la indigencia material, cabe recordar a Diógenes, desnudo dentro de un tonel, pero rico por la superioridad del espíritu y el desprecio de las cosas materiales, despertando la envidia de Alejandro, señor del universo, y poseedor de la juventud, la belleza, el genio y la gloria.

Con ruda franqueza, esas mismas ciencias aseguran a los ilusos, que por medio de reformas económicas o sociales esperan convertir el mundo en un valle del paraíso, que no dejará la tierra de ser un valle de inquietudes y lágrimas. No se calman las pasiones, origen principal de tales angustias, con el anestésico de las mejoras económicas. Mientras mayores ventajas materiales obtienen las multitudes, sus necesidades y exigencias aumentan proporcionalmente. Mientras más reciben, más piden. ¿Cómo podría llenarse alguna vez el abismo sin fondo del corazón humano? Y por otra parte ¿Cómo sería posible neutralizar totalmente la obra selectiva de la naturaleza, que no dota a todos los hombres con la misma generosidad?

Pero, señores, yo me alejo de mi objeto, vagando por campos posiblemente de interés, pero del todo ajenos al motivo de esta alocución, que debía concretarse a daros la bienvenida y a presentaros al Conferencista, D. Carlos Silva Cruz, a quien escuchareis dentro de breves momentos.

Cumplida la primera parte de mi cometido, bien puedo omitir la segunda, ya que es inoficioso repetir, por ser de todos conocido, que el señor Silva Cruz, celoso ex funcionario público, a quien debe la Biblioteca muchos de sus progresos, ocupa además un puesto de

preferencia entre nuestros artistas y hombres de letras.

He dicho.

RECUERDOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

Señor Ministro, señor Director, señoras y señores:

No he podido negarme a la gentil invitación de hablar ante vosotros en la Biblioteca y sobre la Biblioteca. Diez y siete años dedicados, con toda el alma, a un servicio público, son un trozo demasiado largo en la vida de un hombre para que no dejen en él, apesar de ingratos momentos, indeleble y placentero recuerdo.

Y ese recuerdo se hace más vivo aún, y más grato, cuando el trabajo desarrollado en esos largos años es, con respecto a las propias inclinaciones, lo que los ingleses llaman "congenial work", una labor que forma, con el espíritu del que la desempeña, acorde perfecto.

Debo, en efecto, confesaros — aún a riesgo de cansar vuestra paciencia hablando demasiado de mí mismo — que cuando, a mediados de 1910, el Ministro de Instrucción Pública don Emiliano Figueroa me comunicaba a Buenos Aires, adonde había ido como Subsecretario del mismo ramo en comisión del servicio, mi nombramiento para Director de la casa de los libros, sentí la misma impresión que debe haber experimentado, en igual caso, el actual Director aquí presente — bibliómano él como yo: — la impresión deliciosa de iniciar una comunión de todos los días con esos amigos mudos pero hondamente elocuentes, que no mueren y no traicionan, y que, desde los anaquiles, nos hacen constantemente llamados irresistibles.

Pero esa impresión de agrado — también debo confesarlo — estaba mezclada con un poco de zozobra: venía yo a suceder a un hombre eminente — bibliófilo y polígrafo — que había instalado la Biblioteca en un amplio local propio, sacándola del estrecho departamento de viejísima casa; y que la había dado nueva vida, aumentando considerablemente sus colecciones y ensanchando sus servicios.

Don Luis Montt fué el verdadero creador de la biblioteca moderna que es hoy la Biblioteca Nacional. Hasta el año 1886, en que él la trasladó y entró a dirigirla, había vivi-

do el establecimiento lánguida vida, asfixiado entre los muros vetustos de la casa de Catedral esquina de Bandera, en la cual sólo ocupaba algunas salas, con sus cuatro únicos departamentos, que eran el de teología, el de fondo antiguo, el de impresos chilenos y canje, y el de *Egaña*; formado este último con los libros de don Mariano, que el eminente prócer adquiriera en sus viajes por Europa.

En su nueva casa — el histórico edificio del Consulado, esquina de Compañía y Bandera — las secciones de la Biblioteca aumentaron a seis, con una distribución más lógica: Fondo General, Sección Chilena, Sección Americana, Lectura a Domicilio, Sección de Canjes, Sección de Manuscritos, Estampas y Museo Bibliográfico.

Se había agregado al edificio un segundo piso; con lo cual el Fondo General pudo quedar ampliamente instalado en la histórica sala en que se eligió el primer Gobierno Nacional, el 18 de Septiembre de 1810, en que abdicó O'Higgins y en que funcionó por tantos años el Congreso Nacional, sala que un pueblo con más amor por sus tradiciones, jamás habría permitido demoler.

Se había cubierto el patio con una techumbre de vidrio, transformándolo así en vasto Salón de Lectura. Y se pudo dar cómoda instalación a la magnífica documentación colonial, la más completa de la América Latina y que constituía el verdadero e irremplazable tesoro de la Biblioteca.

Allí estaban todas o casi todas las fuentes originales para la historia de ese largo e interesantísimo período de nuestra vida colectiva, en el cual se echaron las semillas de nuestra actividad posterior como República independiente, para el *Gobierno Civil* y la organización administrativa, al archivo de la Capitanía General; para la *constitución de la propiedad* y la formación de las familias, los de la Real Audiencia y los Escribanos de Santiago; para las *costumbres*, todos ellos, amén de los muchos otros archivos menores y particulares, todos completos y admirablemente conservados. Nuestro país — pueblo de historiadores — ha sido cuidadoso como ningún otro de nuestra América en la conservación de sus tesoros bibliográficos; y tiene, además, la suerte de estar libre de la política del libro, carencia que hace estragos en los archivos de otras naciones, como puede verse aquí mismo en los libros venidos de países tropicales.

Pero el tesoro que constituía una especie

lidad de nuestra Biblioteca — y ahora la constituye el Archivo Histórico Nacional, — es la colección de documentos de los *Jesuitas*, que cubren, en sus cuatrocientos y tantos volúmenes perfectamente empastados, los colegios y conventos de todas las antiguas colonias hispanas, desde Méjico hasta la Argentina y Chile — incluyendo también las Filipinas — a la época de su expulsión.

Es muy curiosa la forma cómo este interesante resantísimo archivo internacional llegó a Chile y a nuestra Biblioteca, según se la oí contar al recordado Sub-Director, mi compañero de trabajo durante tantos años, don Ramón A. Laval.

De acuerdo con esa versión, era Ministro de Chile en París don Carlos Morla Vieuña — historiador, publicista e incansable husmeador de curiosidades bibliográficas; quien dedicaba las largas horas que le dejaban libres las tareas diplomáticas — muy poco complicadas entonces — a su afición favorita.

Recorriendo un día los *buguinistas* de las orillas del Sena, se encontró, en casa de uno de ellos, con una sala llena a granel, hasta la altura de dos o más metros, de grandes legajos de manuscritos, sin empastar y atados con cáñamo. Púsose a revisarlos y, con gran sorpresa halló que eran los documentos relativos a la expulsión de los jesuitas de todos los dominios españoles.

Con su seguro instinto de historiador, comprendió en seguida lo valioso del descubrimiento, y lo comunicó al Ministro de Instrucción Pública.

Tocó la feliz casualidad de que, a la sazón, desempeñaba en Chile esa cartera otro notable historiador, don Miguel Luis Amunátegui, y éste en el acto, autorizó al señor Morla para adquirir todos los documentos; adquisición que se hizo, según estas mismas noticias, en la modestísima suma de mil setecientos francos.

Enviado el archivo de los Jesuitas a la Biblioteca Nacional, prolijamente ordenado y empastado en ella representa hoy un valor inapreciable. Diversos miembros de la orden le han dedicado largos meses de estudio; y el ex-Ministro argentino señor Anadon, mantuvo durante años un copista dedicado a compulsar, por cuenta de su gobierno documentos utilísimos para la historia de su patria.

A toda esta documentación manuscrita, y a la del Tribunal de Cuentas — utilísima para el estudio de la guerra de la independencia, pues contiene los estados de pago

y las hojas de servicio, con las calificaciones anuales de ambos ejércitos, el patriota y el realista, — vino a añadirse la documentación impresa proveniente del depósito legal, establecido desde muy temprano por las leyes, y que ha permitido reunir, en el transcurso de los años, la más rica y completa colección de obras nacionales y de periodismo nacional, que exista en la América Latina.

Con esa colección formó don Luis Montt la Sección Chilena de la Biblioteca, que es una honra para el país. Puedo afirmarlo después de haber visitado las Bibliotecas más importantes del continente.

Otra colección única en los países del hemisferio occidental, es la Sección Americana, también formada por don Luis Montt, sobre la base de los "canjes" que estableciera su antecesor don Ramón Briceño — creador de esta última sección — con el eficaz auxilio del Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores, don Abdón Cifuentes, quien promovió numerosos tratados de intercambio de publicaciones con las repúblicas hermanas.

Otra feliz iniciativa del señor Montt fué el establecimiento de la "Sección de Lectura a Domicilio"; en lo cual nuestra Biblioteca se adelantó también a todas sus similares de la América Latina.

El concepto norteamericano de que las bibliotecas públicas no deben limitarse a esperar que los lectores acudan espontáneamente a sus salas sino que debe buscarlos y estimularlos, dándoles toda clase de facilidades para inducirlos a leer, para formar en el pueblo la afición a la lectura, se ha abierto paso tardía y difícilmente en la inmensa región de nuestro continente que queda al Sur del Río Grande.

En eso fué *pioneer* nuestro país, con su "lectura a domicilio"; si bien en los últimos años, Méjico y la República Argentina, con sus extensos y admirablemente dotados sistemas de "bibliotecas populares", que cubren todo el país, nos han tomado la delantera.

Grandes esfuerzos se hicieron, sin embargo, en tal sentido, dentro de los escasos medios disponibles, en mi tiempo.

La "Sección de Lectura a Domicilio", que el señor Montt dejó con poco más de diez mil volúmenes, llegó luego a contener una cifra superior a treinta mil; y *extendió* su radio de acción, ramificándose en numerosas sucursales, ubicadas en escuelas liceos, bibliotecas, comisarías y otros establecimientos, en diversos barrios de la capital y en

algunas localidades de provincias. De esta suerte la Biblioteca se acercaba al lector, yendo a encontrarla en su ciudad o en su barrio.

De acuerdo con la "Sección Bienestar" de la Dirección General de Ferrocarriles, se estableció también un "vagón biblioteca" que, habilitado con libros de la "Lectura a Domicilio", recorría la red de Santiago al Sur, repartiendo lectura en las estaciones.

Y, por último, de acuerdo con la Dirección General de Correos, se estableció también un servicio de envío de libros a provincia, por estafeta.

Es para mí un grato deber dejar constancia de que, para todos estos servicios que podríamos llamar de "extensión bibliotecaria", encontré un colaborador infatigable en el Jefe de la Sección Lectura a Domicilio, don Rafael Larraín Mancheño y todo su personal.

He mencionado antes las bibliotecas norteamericanas y su nuevo concepto, de establecimientos eminentemente difusores de cultura, parte integrante e importantísima de un verdadero y completo sistema educacional; concepto democrático muy distante del tradicional europeo, que vé en las bibliotecas — especialmente en las grandes bibliotecas nacionales — más el *depósito* o, diríamos así, el *acumulador* que el difusor de cultura.

En el concepto norteamericano, las grandes bibliotecas deben ser, no sólo *conservadoras* de la tradición intelectual de una raza o de un conglomerado humano, archivo de su pensamiento y de su orientación mental a través de las edades, sino también, y sobre todo, como ya lo he expresado, establecimientos eminentemente *expansivos*: deben poseer, no sólo la fuerza *centrípeta* necesaria para acumular lo más selecto del pensamiento humano, sino la energía *centrífuga* indispensable para esparcirlo e irradiarlo en todas direcciones.

Por muy completos y bien organizados que sean los establecimientos de educación sistemática, desde la escuela primaria hasta la universidad, ellas tienen que quedarse forzosamente cortos en la tarea de formar un pueblo inteligente, consciente e ilustrado, como lo requiere la activa y áspera competencia de la vida moderna; y ello por una razón de hecho incontrovertible: porque el período de la juventud, que su influencia directa

abarea es demasiado corto en relación con el largo de la vida humana; porque el hombre escapa a esa influencia precisamente cuando empieza la etapa de la madurez, en que más necesita la *inteligencia* de cultivo, la *voluntad* de estímulos la *actividad* de directivas.

Los establecimientos de enseñanza sistemática — escuela, liceo, colegio, universidad — son como los ingenieros constructores que despejan y nivelan la vía, dan el trazado de la línea tienden los rieles por donde después ha de correr, demasiado presuroso, por desgracia, el tren de la vida. Pero para que ese tren marche sin retardos, para que avance sin desmayos en una perpétua carrera de ascensión, ha menester una provisión constante de fuerza propulsora, siempre consumida y siempre renovada, cálida, enérgica, orgánica; y esa fuerza propulsora sólo la dan, sólo pueden darla, los libros los buenos libros, que son los *acumuladores* donde se almacena, siempre nueva y siempre viva, la energía intelectual de las edades.

Esa necesidad de estudio constante, de lectura permanente y selecta, difundida a todas las clases sociales, tal como la requieren, si han de ser verdaderas y sólidas, nuestras democracias americanas, no puede ser satisfecha por el comercio de librería. Amen de que el alto precio de los libros hace imposible, para el individuo corriente, su adquisición y renovación constante en el número necesario, el comercio de librería, como es natural y lógico, sólo edita en grande y vende barato el libro sensacional, el que halaga las pasiones, el que tiene gran salida, que es, generalmente, el de menos valor intrínseco. El otro, el libro noble, útil, selecto, se dá a luz en tan corto número de ejemplares, que su precio resulta prohibido para el común de los lectores.

De ahí la necesidad y de allí la importancia que asumen, en el concepto norteamericano, las bibliotecas públicas, de fácil acceso, atrayentes, acogedoras, donde todos los lectores encuentren, si es posible, todo libro digno de ser leído, aún el más caro, aún el más escaso; de ahí la necesidad de un sistema bibliotecario, tan amplio, tan extenso y tan cuidadosamente organizado como el sistema educativo; que funcione paralelamente con él; que tome al futuro ciudadano o a la mujer futura desde la edad escolar, y aun — por medio de la estampa y del grabado — antes de la escuela; que lo siga a través del liceo, del colegio, de la universidad,

si es que a ella llega; que colabore con la obra de todos estos establecimientos y la complete; que despierte el amor a la lectura; que provoque esa sed insaciable del saber, madre de todos los progresos humanos, y la satisfaga y la mantenga en la edad adulta, después de haber cesado la influencia escolar, sirviendo así de alimento y de combustible espiritual a través de todas las etapas y de todas las vicisitudes de la vida.

Entendido en este sentido hasta cierto punto nuevo en el mundo, pero que corresponde de lleno a las necesidades de la vida moderna en los países democráticos, y que los americanos del norte han sabido realizar ampliamente, un sistema bibliotecario bien ideado y completo debe comprender varios grados de bibliotecas públicas, íntimamente relacionados y orgánicamente conectados entre sí, a saber:

A.—La *Biblioteca Infantil*, calculada para los chicos de cuatro a diez años, con carácter eminentemente educativo y con material sano, moralizador y estimulador, seleccionado en vista del primordial objetivo de despertar la curiosidad intelectual, valiéndose de los resortes propios de la psicología infantil.

B.—La *Biblioteca Escolar*, que debe acompañar a todos los establecimientos educativos, desde la escuela primaria hasta la universidad, sirviendo de auxiliar y complemento a la educación sistemática.

Un modelo acabado de esta clase de establecimiento tuvimos nosotros en la fenecida "Biblioteca del Instituto Nacional", que, debido especialmente al interés y a los desvelos de dos eminentes humanistas — don Diego Barros Arana y don Gabriel René Moreno — y a la acertada dirección de su "Conservador" durante largos años, don Enrique Barrenechea, llegó a cubrir admirablemente las necesidades de los grados de la enseñanza: la secundaria y la universitaria.

C.—La *Biblioteca Popular*, destinada al gran público, especialmente al trabajador manual, a los hombres del músculo, a los y a las que pasan la vida encorvados sobre la máquina, sobre la aguja, la azada o el arado, y en quienes el predominio exclusivo de la labor material está llamado a producir la atrofia de las facultades superiores del espíritu.

Esta biblioteca debe estar calculada para restablecer el necesario equilibrio, cultivando la mente y ennobleciendo la tarea manual por medio de la explicación de su mecanismo y de su significado; convirtiendo así en

tarea consciente el trabajo mecánico y abriendo una pequeña ventana por donde esas almas aprisionadas puedan asomarse alguna vez al gran panorama de la naturaleza y del arte.

D.—Las *Bibliotecas Técnicas* especiales, llamadas a cooperar en el desarrollo y perfeccionamiento de las diversas tareas productoras, y cuyo fondo debe ser el que corresponda al ramo profesional o industrial respectivo, siempre sobre base estrictamente científica y al nivel de los últimos adelantos.

E.—Y por último, la Biblioteca Superior General, suma y síntesis de todas las otras, donde todos encuentren todo, desde el solaz y el esparcimiento hasta las herramientas del más elevado trabajo de investigación original o de creación mental.

Esta biblioteca — la gran biblioteca — debe ser esencialmente informativa y productora, debe servir de modelo y orientación a las demás, y de punto de referencia y estímulo a todas las actividades sociales. En ella cada cual debe encontrar el dato que necesita y el conocimiento que busca, el depósito en que recoger y acopiar materiales, la *clearing house* intelectual en donde conectar su actividad propia con otras actividades paralelas. Ella debe ser la gran "Universidad de los libros", magníficamente abierta a todas las ideas, ampliamente acogedora, en donde las academias encuentran su hogar y los productores cerebrales su tribuna.

Si a las bibliotecas del grado A y del grado B — vale decir las Infantiles y las Escolares — corresponde la tarea de edificar en tierra virgen el primer grano que ha de ser más tarde árbol robusto, grato de sombra y prolífico de frutos; si las del grado C — los Populares — han de ser las niveladoras sociales (nó por el procedimiento negativo de rebajar lo alto, sino por el fecundo de elevar lo bajo); si las del D — las Técnicas — tienen la útil función de ayudar al florecimiento económico, haciendo más conciente al trabajador y más perfecto el trabajo, — las últimas, las del grupo E, deben llenar un doble e importantísimo papel: 1.º *crear* cultura, estimulando y facilitando la producción intelectual, por todos los medios posibles; 2.º *propagar* cultura, poniendo el producto intelectual al alcance fácil y expedito de todos.

Que este concepto norteamericano de la obra y de la influencia intelectual, social y educativa de las bibliotecas podía y debía

aplicarse en Chile, como en todas las democracias nuevas — faltas de tradición intelectual y apenas dotadas con un barniz de cultura — era cosa a todas luces evidente. De hecho ese concepto estaba ya comenzando a aplicarse, con gran empuje, en países hermanos, como Méjico y la República Argentina.

Pero esa aplicación implicaba, como base y comienzo, una transformación completa de nuestra centenaria Biblioteca Nacional — transformación material y espiritual, en el local, en el contenido, en los métodos y en la orientación. La Biblioteca Nacional debía servir de núcleo y de modelo para la futura expansión y completación del servicio bibliotecario en el país.

La base que, al hacerme cargo de la Dirección, encontré, era magnífica, como ya lo he indicado. Gracias al cuidado, al empeño, al entusiasmo, a las felices iniciativas y a los sabios trabajos bibliográficos de mis predecesores y de los jefes y empleados del establecimiento, muy en especial Briceño, Montt y sus colaboradores Palma, Laval, Blanchard, Thayer Ojeda, don Juan Salas y tantos otros, la Biblioteca ofrecía un fondo excepcional de documentación, admirablemente conservado y organizado. Pero había que airear, modernizar, atraer, establecer mayor contacto con el público y con todas las actividades sociales, interesando en la obra bibliotecaria a los poderes públicos, a la prensa y a los elementos intelectuales.

La labor se emprendió con entusiasmo y con la cooperación decidida de todo el personal.

Se comenzó por instalar en el viejo edificio luz eléctrica y servicio telefónico, servicios que no existían — la Biblioteca se abría solo de diez de la mañana a las cuatro de la tarde. — Se dió mayor comodidad, confort y aseo al salón de lectura. Se adquirió una máquina de proyecciones, para ilustrar conferencias. Se aumentaron las colecciones con la adquisición de obras modernas, particularmente en los ramos científicos, técnicos, literarios y artísticos, incluso una colección de música escogida. Para todo ello se creó una sección especial, la de "Adquisiciones y Conferencias", a cargo del conocido escritor don Miguel Luis Rocuant, quien estableció un sistema completo de consultas a los especialistas de cada ramo.

Para responder a la demanda constante de información bibliográfica de parte del público, se creó el departamento correspondiente, a cuya cabeza se puso al sabio cri-

tico y polígrafo francés don Emilio Vaisse, tan conocido en Chile por su seudónimo de "Omer Emeth"; quien, de acuerdo con el Director, inició la publicación de la "Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera".

Entraron a colaborar en la Biblioteca conocidos escritores y periodistas, como Santivan, Nieto del Río, Mariano Latorre, Daniel de la Vega, etc.

A fin de dar facilidades a las personas ocupadas durante las horas de trabajo — que coincidían con las de funcionamiento de La Biblioteca, — se establecieron los servicios nocturno y dominical.

Y, para ampliar las fuentes de información, se anexó a la Biblioteca la "Oficina Bibliográfica Chilena", creada algún tiempo antes por el Ministro de Instrucción Pública don Jorge Huneeus Gana, en conexión con el Instituto Internacional de Bibliografía de Bruselas, cuyo "Repertorio" de treinta millones de fichas, metódica y científicamente organizado, era la más amplia fuente a que se podía recurrir para conocer en un momento dado todo lo que — el mundo — ha producido sobre cualquier materia.

Por último, por medio de un ingeniosa combinación, y con un gasto mínimo se habilitó el Salón de lectura para poderlo transformar rápidamente en sala de sesiones o conferencias en las horas en que quedaba libre de lectores, de seis a ocho de la noche.

Este arreglo dió facilidades para establecer en la Biblioteca cursos sistemáticos de idiomas, de taquigrafía, de contabilidad y de otras materias, y permitió ofrecerla como un hogar acogedor a sociedades científicas, literarias y artísticas, completando así su vinculación con todas las actividades intelectuales, y estableciendo entre ella y el público en general esa corriente de simpatías mutuas que constituye la vida, y la garantía de eficacia para un establecimiento de esta especie.

Innumerables instituciones aprovecharon esta facilidad, entre las cuales recuerdo la "*Société Scientifique du Chili*", la Academia Chilena Correspondiente de la Real Academia Española, la "Sociedad Bach" y, muy especialmente, la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, nacida y crecida en la Biblioteca.

Todas estas sociedades celebraban en la Biblioteca sus sesiones públicas y privadas, y daban en ella, continuamente, sus conferencias, actos literarios o audiciones artísticas.

Pero era menester que la Biblioteca misma diera el ejemplo de actividad intelectual; para lo cual se organizaron con frecuencia actos públicos, recepciones a las figuras prominentes de la ciencia o del arte que cruzaban nuestro suelo, y un sistema completo de conferencias, aisladas o en cursos, que tuvieron desde el principio la más entusiasta acogida.

Entre los primeros, me permitiréis recordar las recepciones u homenajes a Belisario Roldán, a María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, al explorador Shackleton, al piloto Pardo etc. Y entre las últimas, las memorables de don Gonzalo Bülmes sobre el combate de Iquique y de don Juan Agustín Barriga sobre Menéndez Pelayo. Ambas fueron la *portada de oro* con que se abrió el ciclo de conferencias públicas en la Biblioteca Nacional.

Pero estas nuevas actividades del establecimiento y el incremento constante de sus colecciones — entre ellas la de la prensa chilena, que aumentaba en progresión geométrica, — hacían ya absolutamente estrecho e inadecuado un edificio que treinta años antes se había considerado como un ideal.

Llenos estaban de libros y folletos hasta los huecos de las ventanas. No había posibilidad de adquirir, por falta de espacio en que colocarlo, siquiera lo más representativo de la inmensa producción con que anualmente se enriquecía la literatura universal. No se podía cumplir el antiguo anhelo de la Dirección de proporcionar Salas especiales, "seminarios" de trabajos a los estudiosos y a los investigadores. Ni aún era dable continuar recibiendo las más importantes revistas extranjeras, cuyas colecciones iban quedando truncales. No había esperanza alguna de organizar la indispensable sala especial para niños o "Biblioteca Infantil"; ni posibilidad de recibir las muchas e importantes donaciones que estaban ofrecidas, como las de las bibliotecas de Barros Arana y de don José Toribio Medina. Y, entre tanto, las vecinas chimeneas de las cocinas del Club de la Unión amenazaban constantemente, con sus chispas y su hollín, los valiosísimos e irremplazables tesoros bibliográficos que llenaban las viejas salas del vetusto local del Consulado.

Había que pensar seriamente en la construcción de un palacio, digno de lo que generaciones de intelectuales, de estudiosos y

de bibliófilos eminentes habían acumulado en la Biblioteca; y digno también de la obra cultural y social que ya venía desarrollando el establecimiento, y de la misión, mucho más amplia, que estaba llamado a llenar en el futuro.

Para esta obra tan necesaria, pero tan difícil de realizar, por sus mismas vastas proporciones y por el poco ambiente que tales avances culturales encontraban entonces en el país, tuvo el Director la suerte de hallar un aliado inapreciable en el entonces Presidente de la República, don Ramón Barros Luco, quien desde el primer momento tomó la idea con cariño y entusiasmo extraordinarios.

Era el señor Barros Luco un estadista de amplia visión y gran horizonte. Espíritu cultivado por su larga permanencia en países de avanzada civilización, comprendió desde luego la importancia de la obra, su necesidad presente, sus proyecciones futuras; y le dedicó sus mayores empeños.

Quiso la buena fortuna que hubiera desde el primer momento fondos disponibles. Se había liquidado la antigua Caja de Crédito Salitrero; y de su liquidación habían resultado sin destino bonos con garantía del Estado por un valor nominal de cuatro millones trescientos veinticinco mil pesos, que representaban un valor efectivo muy poco inferior.

Contando con esta base, el Gobierno del señor Barros Luco nombró una comisión compuesta del Rector de la Universidad, el Visitador de Enseñanza Especial y Comercial, don Enrique Matta Vial y los señores don Ventura Carvallo y don Alejandro Valdés Riesco, para que, en unión con el Director de la Biblioteca Nacional y el Presidente de la Comisión Directiva del Museo Histórico, don Joaquín Figueroa Larraín estudiarán todo lo referente a la instalación de estos establecimientos en un nuevo local, y dictaminarán sobre la ubicación y forma de los edificios que hubieran de construirse al efecto.

Era convicción arraigada del señor Barros Luco la de que en ningún caso debían construirse edificios públicos en sitios mezquinos, en que hubieran de quedar mezclados con heterogéneas construcciones particulares. Su larga permanencia en París lo había impregnado del sentido monumental y de los grandes panoramas, característico de aquella ciudad modelo; y no quería repetir entre nosotros el error cometido con el Congreso, la Municipalidad y los Tribunales de

Justicia — palacios arrinconados y sin perspectiva.

Para los edificios públicos, el Gobierno debía disponer de manzanas completas, que dieran espacio para el servicio actual y su desarrollo futuro. Aceptó, pues, desde el primer momento, el plan propuesto por el Director de la Biblioteca, de adquirir una manzana central, en la Alameda de las Delicias; y planificar en ella un grupo armónico de edificios, destinados a establecimientos similares y de gran desarrollo futuro, como la Biblioteca, el Archivo General de la Nación y el Museo Histórico Nacional.

En estas ideas estuvo unánimemente de acuerdo la Comisión, en que figuraban como Rector de la Universidad, don Domingo Amunátegui, como Visitador, don Enrique Matta Vial, como Presidente del Museo Histórico don Joaquín Figueroa, y como Director de la Biblioteca el que habla. Se pidieron propuestas públicas; y, de entre las presentadas, se eligió la manzana en que estamos, ocupada entonces por la iglesia y convento de las Monjas Claras. Para ello se tomó en cuenta su ubicación central, su fácil accesibilidad desde todos los puntos de la capital y sus dos hermosos frentes, uno a la Alameda y otro al Cerro de Santa Lucía.

Al Director de la Biblioteca encomendó el señor Barros Luco la redacción del Mensaje y Proyecto de Ley que debía presentarse al Congreso y que, además de su firma presidencial, ostenta la del Ministro de Instrucción Pública don Enrique Villegas Echiburú.

Daríá para mucho tiempo el relato de las vicisitudes y contratiempos que sufrió el Mensaje en ambas Cámaras, y de la campaña diaria, *de tres largos meses* que hubo que sostener para llegar a vencer su despacho, visitando dos y tres veces a cada diputado y a cada senador. ¡Ahí era nada! Conseguir, en aquellos tiempos de gran parsimonia en los gastos públicos, cinco millones trescientos mil pesos — tres millones trescientos para la compra del terreno y dos millones para comenzar los edificios! Pero jamás ha hecho el Fisco mejor negocio, porque, ¿cuánto puede calcularse que vale hoy esta manzana?

Durante dos años estudió el Consejo de Obras Públicas los planos para el grupo de edificios, sobre la base de las especificaciones que, en cinco nutridos pliegos, presentó el Director de la Biblioteca; el que asistió, además, a todas las sesiones, para

vigilar y sostener la correcta realización de su plan.

Se presentaron tres proyectos: los de los arquitectos franceses señores Doyere y Jequier y el del arquitecto chileno, recibido en la Universidad Católica, don Gustavo García. Este último, que reunía superiores condiciones de distribución, de comodidad y de belleza arquitectónica, fué finalmente adoptado, con algunas modificaciones.

La idea general del plan es un grupo de construcciones en forma de cruz de Malta, con cuatro fachadas armónicas, aunque diferentes dentro de un mismo estilo, y pequeños jardines en las cuatro esquinas. La masa total comprende cinco pabellones, independientes aunque comunicados entre sí: el central y los de Alameda y Moneda destinados a la Biblioteca Nacional; el de Miraflores al Museo Histórico; y el de Claras al Archivo General de la Nación.

En este último pabellón — aún sin construir — habrá de reunirse, si se sigue la idea original, toda la interesante documentación de valor histórico hoy esparcida a través del país y en grave riesgo de perderse.

Este grupo de edificios, una vez terminado, habrá de constituir, señores, uno de los más hermosos conjuntos existentes en América; y en él se realizará en ideales condiciones — de ello estoy plenamente seguro — la vasta obra cultural que nuestra democracia ha menester y cuya realización corresponde a esta Biblioteca Nacional, a sus sucursales y a los museos y archivos, anexas, como núcleo central y directivo de un vasto sistema que cubra el país y que mantenga las nobles tradiciones del pasado, eleve el nivel intelectual y moral de los chilenos de todas las clases sociales, fomente la afición por las altas disciplinas del espíritu, estimule la producción literaria, ayude al mejoramiento técnico de las artes, los oficios, las industrias y las profesiones útiles, promueva los trabajos e investigaciones de las ciencias y de la historia, y prepare así, finalmente, un porvenir más bello para la patria.

LA ORGANIZACION DE LA BIBLIOTECA NACIONAL Y SUS DIFERENTES SERVICIOS

Señoras y señores:

Ha querido el señor Director encomendarme la tarea de dar a conocer en esta oportunidad a grandes rasgos lo que es actualmente la Biblioteca Nacional, su organización, sus diferentes servicios, y su riqueza bibliográfica como un complemento lógico del recuerdo que en forma tan amena ha hecho el señor Silva Cruz de la antigua Biblioteca y de la historia de este magnífico edificio, obra, justo es decirlo, que a él se debe por completo, y que es y será la base material indispensable para el progreso y grandeza del establecimiento.

La organización actual de la Biblioteca ha ido haciéndose paulatinamente, a medida de las necesidades. Su antecedente histórico más inmediato es el antiguo Reglamento de 12 de Junio de 1890, según el cual la Biblioteca estaba dividida en cinco secciones, a saber: fondo general, lectura a domicilio, manuscritos estampas y medallas, servicio público y canje y encuadernación. Las dos primeras eran guardadoras de libros; una, la de fondo general que contenía todos los impresos chilenos, americanos y de los demás países y que formaba el núcleo fundamental del acervo bibliográfico, y la otra que con su fondo especial de libros atendía el servicio de lectura a domicilio, existente desde muy antiguo en este establecimiento. Las demás secciones eran de servicios anexas, la de manuscritos, estampas y medallas, hoy día disgregada de la Biblioteca—desde que fué a formar parte del actual Archivo Nacional,— la de servicio público destinada a la atención de la lectura dentro del establecimiento, y la de canje y encuadernación, que existe desde 1871 y que, como se verá más adelante, llena funciones importantísimas de intercambio bibliográfico.

Después de la traslación de la Biblioteca en el año 1886, desde el edificio que ocupara en sus primeros años al de la esquina de Compañía con Bandera, se observó la necesidad, impuesta por el crecimiento de las colecciones, de dividir la Sección de Fondo General para dar vida independiente a la Sección Chilena, destinada a los impresos nacionales, y a la Sección Americana que contendría todos los demás impresos de las Américas. La Sección Fondo General conser-

Carlos Silva Cruz.